

REFLEXIONES A PARTIR DE LOS INCENDIOS FORESTALES EN AUSTRALIA

Joe Broderick

Los impresionantes incendios forestales que devastaron grandes áreas del estado de Victoria, Australia, hace menos de dos meses (se iniciaron el 7 de febrero) son la más reciente expresión de lo que los científicos reconocen como un “fenómeno natural”. Estas conflagraciones esporádicas se repiten con frecuencia en Australia. Nunca antes con tan desastrosos resultados como ahora; la magnitud del holocausto de este año se debió a condiciones climáticas que produjeron un impacto excepcionalmente severo. (Me refiero a ellas más adelante.) De todas maneras, los incendios forestales – junto con su contrario, las inundaciones – forman parte del ciclo de la Naturaleza de un continente bastante inhóspito. O para ser más exacto, de difícil habitación para el hombre del Occidente en su actual estado de desarrollo.

UN POCO DE HISTORIA

Los indígenas que habitaban aquella vasta tierra antes de la llegada de los colonos eran nómadas, cazadores, tribus de aborígenes en perpetuo movimiento. Vivieron en armonía con el terreno durante 70.000 años, en aislamiento, totalmente divorciados del resto de los habitantes del planeta. En el Siglo XVI, cuando los navegantes del Viejo Mundo – gente como el portugués Magallanes o el corsario inglés William Dampier – comenzaron a aventurarse por mares hasta entonces desconocidos por los europeos, se acercaron a la “terra australis” (esa gran masa incógnita al sur del globo terrestre) pero no se interesaron por explorarla, ni explotarla. Estaban buscando riquezas que se podrían aprovechar en Europa: telas, especias, maderas, finos objetos elaborados por civilizaciones antiguas. Dampier tocó las costas del norte de Australia, pero no encontró más que un desierto habitado por gente “primitiva”, la raza más atrasada, en su opinión, que había conocido jamás. No le llamó la atención. De modo que, durante otros dos siglos, los aborígenes de Australia fueron permitidos a seguir pacíficamente su vida habitual sin contacto con el mundo exterior, sin ser intervenidos por el hombre blanco. Ni siquiera la cultura musulmana que se estableció en lo que hoy es Indonesia se había expandido al sur. Nunca penetró en la gran tierra austral.

Este inmenso continente y sus riquezas apenas se conocieron de verdad en la segunda mitad del Siglo XVIII. En 1760 el gran navegante Capitán Cook de Inglaterra cruzó el Océano Pacífico del este al oeste hasta toparse con las bellas bahías y las fértiles tierras sobre las orillas orientales de Australia. En el camino sus cartógrafos habían elaborado mapas detallados de las dos islas de Nueva Zelanda; luego iniciaron también la cartografía de las costas, y el estudio de la flora y fauna, de la nueva y extraordinaria

tierra que acababan de descubrir. La primera colonización de Australia comenzó en 1789, el año de la Revolución Francesa. Durante las primeras décadas de su historia moderna, esta nueva tierra no fue más que una cárcel, una mera colonia penal. Luego, los colonos libres abrieron el continente en el Siglo XIX, estableciendo grandes haciendas en el interior y crecientes ciudades como Sydney y Melbourne en las costas. Es decir, los europeos llevan escasos doscientos años habituándose a los elementos de un clima, un medio ambiente, que les era (aún les es) totalmente ajeno. Doscientos años es muy poco cuando se compara con los 70.000 años de vida de los habitantes originales del continente – habitantes exterminados en gran parte por los colonos blancos quienes, al borrar su compleja cultura, hicieron perder muchos valiosos conocimientos acerca de la relación que debe mantener el hombre con ese mundo aparentemente hostil.

FORMAS DE COLONIZACIÓN

Pero ¿será qué es hostil de verdad? No necesariamente. Es cuestión de estar atento y comprender las reglas del juego que permiten vivir en armonía con la tierra. Por ejemplo: parece que cierta vegetación en Australia – o mejor dicho, en muchas regiones de Australia, pues en otras existe poca vegetación – se requiere de una quema periódica para permitir su regeneración. Se trata de un fenómeno que los aborígenes entendían bien; constituía parte integral de su capacidad de adaptarse a lo que podríamos llamar los hábitos de su hábitat. En cambio los colonos blancos del Siglo XIX – procedentes principalmente de Inglaterra, Escocia e Irlanda – trataron su nuevo hábitat como si fuera igual a sus tierras de origen. Al estilo de los colonos *paisas* en Caldas y Antioquia, arrasaron los bosques con hacha y machete, tumbando monte, introduciendo especies de plantas y árboles transplantados de sus países de origen y preparando el suelo para la siembra de monocultivos de papa y trigo, o cercando grandes extensiones para apastar a sus ovejas y ganado bovino. En la época era normal que así hicieran. Nadie lo cuestionaba. Pero lo triste es que en doscientos años sus descendientes parecen no haber caído en cuenta de que esta tierra (como cualquier otra) tiene sus propias leyes, sus propias necesidades y exigencias. Las tierras de Australia son diferentes a las de las islas británicas.

LOS INCENDIOS DE FEBRERO 2009

Ahora bien, el agricultor australiano, y en general los blancos que viven lejos de los grandes centros urbanos, han sufrido con frecuencia los efectos de los incendios forestales, y los han combatido con energía y con un loable espíritu de solidaridad entre vecinos. Pero pocos se habían puesto a considerar seriamente la posibilidad de una nueva forma de convivencia con el fenómeno. La mayoría ni siquiera lo ha considerado como un fenómeno natural, sino más bien como un desastre, una fatalidad. Este año,

sin embargo, sucedió algo más grave que el tipo de incendio forestal al que los australianos estaban más o menos acostumbrados. A fines de enero, en el sureste del país (básicamente en el estado de Victoria, incluyendo su capital, Melbourne), las temperaturas subieron hasta llegar a más de 46 grados, un calor excepcional y difícilmente soportable. Además, el estado venía sufriendo una prolongada sequía, algo frecuente en ciertas regiones de Australia. De modo que la tierra estaba extremadamente seca, y en el momento de prenderse los primeros fuegos, se dio otro fenómeno también bastante usual en esas llanuras: unos vientos de tremenda velocidad. Al inicio se sospechaban manos criminales como responsables del infierno que se desató. Pero en realidad no hizo falta buscar a los culpables; las condiciones estaban dadas para que se prendieran, como si fuera por generación espontánea, los más feroces incendios imaginables. Cualquier pedazo de vidrio botado en el suelo habrá sido suficiente para encender un bosque con sus miles de eucaliptos secados al sol durante los últimos dos años sin lluvia, y cuyos troncos están siempre cargados de un aceite que de por sí es altamente inflamable. En cuestión de horas las llamas estaban devorando no solo bosques, sino miles de hectáreas de tierra cultivada, con sus fincas, sus casas y sus habitantes. Algunos finqueros, huyendo en sus automóviles, fueron alcanzados por las llamas y quemados vivos dentro de sus vehículos. El hierro de los carros se derretía como si fuera plástico. Los muertos llegaron a ser más de doscientos; no se ha podido contar el número de animales incendiados, tanto domésticos como silvestres. Dos hermosos pueblos fueron totalmente arrasados. Las desoladas imágenes en la televisión mostraban las viviendas y los edificios reducidos a meros esqueletos negros hechos de carbón.

ALGUNAS REFLEXIONES

Es de esperar que no se pierda la lección que encierra tamaño tragedia. Se ha presentado una nueva ocasión, muy dramática por cierto, que permite a los australianos (y al mundo entero) reflexionar sobre el hombre y su relación con el universo que habita, y del cual es parte. El caso de los incendios en Australia muestra una vez más que las confrontaciones que se presentan entre el ser humano y su medio ambiente no se deben única y exclusivamente a algunos de los fenómenos identificados más claramente en tiempos recientes: las causas de los cambios climáticos, el calentamiento global, los daños a la capa de ozono, y otros. El comportamiento cíclico de los elementos es algo permanente y ese mismo comportamiento es cambiante, vive en un estado de permanente modificación de acuerdo con sus propias leyes, leyes que no son siempre fáciles de entender pero que no se deben descontar nunca, ni descuidar.

Durante reciente visita a mi tierra natal, a la ciudad de Melbourne donde nací y donde pasé los primeros 27 años de mi vida, un viejo amigo, un ingeniero dedicado actualmente al cuidado del medio ambiente, me regaló un bello libro que acaba de publicar. A lo largo de 242 páginas, nos entrega su cuidadoso y pormenorizado estudio

de algunas regiones del estado de Victoria, su flora y fauna, sus suelos, sus formaciones geológicas, y los usos a los que el hombre ha dedicado la tierra a lo largo de la historia. Es un libro escrito por un amante de su terruño y lleva por título *Reading the Land*, como quien dice “Para leer la tierra”. En un aparte habla del “manejo” de la tierra, y de la manera de “manejar” el fenómeno de los incendios. “¿Qué es lo que uno quiere manejar en un ecosistema?”, se pregunta. “No es como manejar un sistema de ingeniería o una economía. A fin de cuentas, la Naturaleza está más allá de nuestros manejos, tiene sus intrincadas leyes y sus valores intrínsecos. A lo mejor nuestro único modo de manejarla es tratar de corregir el daño que hemos causado y hacer lo posible por evitar errores en el futuro.”

Rechaza la actitud de aquellos (y son muchos) que ven la tierra como un conjunto de recursos que existen solamente para el beneficio del hombre. Peor aún, como algo que debemos desarrollar e incorporar a nuestra economía, como si solo así pueda tener valor y significación. “Es como si no nos sintiéramos totalmente a gusto en el mundo,” dice. “Como si nos hiciera falta manipular la Naturaleza, mejorarla.”

¿Cómo responder ante un concepto tan falso? Vivir de la tierra de una manera sostenible le parece un buen comienzo. Pero sugiere que vayamos más allá. Cita a un autor que habla del “viaje del alma”, del proceso de “descubrir quienes somos a partir de un aprendizaje del lugar donde nos encontramos, a partir de hallarnos en el tiempo y en el espacio.” “Un lugar es más que un sitio físico,” prosigue. “Tiene una dimensión psíquica, una dimensión espiritual – tal como siempre lo han sabido los pueblos que nosotros designamos como primitivos.”

En febrero estaba ya de regreso del viaje a mi tierra natal, y me había sentado a leer este bello libro, cuando comenzaron a llegar las terribles noticias del anillo infernal que rodeaba la ciudad de mi infancia y juventud. Era conmovedor saber que la furia de incontables llamas estaba acabando con tantas vidas, con tanta vida. Volteaba las páginas en las que este buen amigo examinaba hoja por hoja, con un cariño inmenso, el terreno de unos rincones rurales del estado de Victoria, lugares específicos que conoce íntimamente. Y sabía que, en esos mismos momentos, estaban en llamas. Tantas cosas que él amaba, que amábamos, se estaban destruyendo mientras yo leía, a miles de kilómetros de distancia.

Llegué finalmente a su conclusión, expresada en los últimos dos párrafos del libro: “Siento haber experimentado el poder y el misterio del paisaje y su sutil entrevero de conexiones. He aprendido que no se trata de perfeccionar la Naturaleza, sin volver a ella, y a nosotros mismos. Se trata de aceptar un don, de simplemente sentirnos en casa y en paz con la tierra – tal como algunos se han sentido desde siempre.

“El desafío de nuestra civilización no es lo que muchos creen: a saber, realizarnos a través del progreso tecnológico. Es más importante volver a sentir la Naturaleza, su fuerza y su belleza, y construir una visión y una práctica ecológicas. Y tenemos que

comunicar esta visión a otros, a despertar la voluntad de conservar los tesoros de la biosfera y sanar las heridas que hemos infligido. Es ésta una de las grandes tareas de nuestro tiempo.”